

EN TODO!

Oh! ¡quién pudiera arrancar tanta poesía que encierra todo lo que hay en la tierra y en el aire y en el mar!

Una música al pasar,
un ronco trueno que aterra,
una tumba que se cierra,
una hoja seca al volar...

en todo lo que miramos,
¡ah, cuánta idea se anida,
que nunca desentrañamos!

¡Cuánta poesía dormida,
que espera que la veamos,
para mostrarse en seguida!

J. M. F.

EL ESTÍO

HE aquí la estación de la pompa, del calor, de la plenitud de la vida. En todas partes resuena ese continuo zumbido de nubes de insectos, que pululan entre los rayos del sol, y en el aire sosegado se mecen voluptuosamente las mariposas, que de vez en cuando se hunden entre el follaje tachonado de flores. Los árboles ostentan su gala y rebosan en hojas y en frutos; la vida palpita en ellos con exuberancia; hasta los troncos aparecen verdes, cubiertos de esas plantas parásitas de las plantas, bosques del mundo microscópico que deben contener fieras y antros; fieras que á nuestra vista son casi imperceptibles gusanos; antros, que para nosotros no son más que diminutas sinuosidades del tronco.

Los ríos decrecen visiblemente; el agua en ellos se destrenza en estrechas corrientes que se deslizan con sosiego, apenas sin ondulaciones, transparentes y puras, reflejando las nubes y los pájaros que pasan por encima. A las tranquilas corrientes, detenidas aquí y allá en remansos, acuden á beber los rebaños y las palomas, mientras el pastor, tendido á la sombra de árbol copudo, se adormece inadvertidamente y acaricia el cuello del viejo perro arrellanado sobre la yerba. Alguna vez resuena un tiro á lo lejos, y entonces se espantan por un momento los corderos y las palomas, el perro se levanta súbitamente y endereza las puntiagudas orejas, y el pastor no se mueve de su sitio ni da la menor muestra de sorpresa. Pero vuelve la calma, y el rebaño se reúne de nuevo al rededor del remanso. Entonces una bandada de pájaros trinando como si se quejasen, atraviesa rápida-

mente el espacio y desaparece á lo lejos. ¿A cuál de ellos ha herido el tiro del cazador? ah! tal vez un amante ha perdido á su amada, ó un hijo á su madre. El cazador entretanto vuelve á cargar el arma fatal, y los perros corren apresuradamente aturdiendo con sus ladridos, pisando flores y aplastando espigas.

La luz se esparce á torrentes por el espacio, en palpitantes irradiaciones que saturan de calor y vida la tierra y la hacen germinar hasta en las más profundas venas. De árbol en árbol, de rama en rama, la araña tiende sus delicados tejidos como invisibles y ténues hamacas en donde ella, reina voluptuosa, se mece lánguidamente. Los finísimos hilos brillan con todos los colores del arco iris, al reflejo del sol, y tiemblan continuamente; pero ah! de súbito un ave que cruza con rapidez ó una repentina ráfaga, rompen la delicada tela, y ¡adios horas de constante trabajo! la araña ha de empezar de nuevo su obra.

Pero ni siempre el espacio es azul, ni la calma es continua; las nubes blancas, de senos hinchados, se reúnen y toman un tinte sombrío; el espacio se oscurece y el trueno se anuncia á lo lejos; las nubes se estienden, un soplo ardiente recorre la inmensidad y el relámpago la ilumina. La lluvia cae en gruesas gotas que levantan burbujas en el polvo, y los rayos y los truenos son los únicos dueños del espacio. Los pájaros se esconden y los insectos caen heridos de muerte. Pero la tempestad es breve, la lluvia cesa, un rayo de sol rasga las nubes y estas ruedan deshechas en giros rojos, morados, verdes, plumizos. Un aura frescamente templada orea la atmósfera, y el espacio vuelve á llenarse de luz y armonía. ¡Y cuán bello es el campo después de la lluvia! ¡cuán verde el follaje! ¡qué perfume despiden las plantas! el aire está saturado de oxígeno y ¡ah! parece estar saturado de alegría. Las gotas tiemblan en las ramas y se desprenden como lágrimas, deslizándose suavemente por el tronco; los riachuelos murmuran más cristalínamente entre los guijarros, y el musgo y los insectos vuelven á pulular y á mecercer en el rayo de sol, levantando ese monótono rumor, que es el lenguaje desconocido de un mundo desconocido también.

¡Qué quietud en el aire! ¡qué rebosamiento de savia en todas partes! ¡cuánta belleza exuberante! Las mieses se balancean como movibles ondas de oro, y el suelo está completamente cubierto por las plantas. El estío es el estado de maternidad de la naturaleza, como la primavera fué el estado de su amor. En estío debió escribir Virgilio sus Geórgicas.

El mar ha perdido también su tinte sombrío y sus espantosas revueltas; ahora azul, calmado, henchido de la languidez general, ondula suave-

mente como un lago y no levanta más que blandos murmullos. Pero cuando el mar es más bello es en las noches de luna; entonces las ondas están más sosegados aún, apenas se mueven y aparecen como una llanura de blancos cambiantes. La luna las contempla con ternura, las besa con sus destellos, y parece que entre la luna y el mar, apesar de la distancia que les separa, hay largas conversaciones de amor, ininteligibles para nosotros, pobres criaturas que no comprendemos ni comprenderemos jamás los misterios de la Naturaleza.

Entretanto, en esas mismas noches de luna, el campo no es menos hermoso que el mar. Los ruiseñores cantan escondidos en la arboleda, los jóvenes cantan por las calles del pueblo, y allá en oscura esquina, la ventana se abre y la amante espera con ansiedad á su amado.

¡ Pero la noche es tan breve! apenas se extingue allá en occidente la última claridad del crepúsculo, cuando en oriente lucha ya con las sombras la tenue blancura del alba. No, la noche de verano no es la sombra, es la penumbra; durante el día hay tantas emanaciones de luz, que la noche no las puede extinguir por completo; siempre queda alguna ondulación luminosa que se dilata por el espacio.

Oh estío! estío! maternidad de la Naturaleza, estación bendecida por los pobres, palpitación suprema de la vida, ¿por qué no comunicas tu fuego á tantos corazones helados? ¿por qué no haces retoñar tantas ilusiones agotadas? ¿por qué no levantas tanta fé caida?—X.

NOTAS É IMPRESIONES

Eternamente gozar
podremos en el edén;
Dios nos da el bien, pero el bien
¡caro nos lo hace pagar!

El edén! no sé que encierra,
pero bastante ha de ser,
si hay allí tanto placer
como dolor en la tierra.

No basta, no, que cualquier obra humana
sea buena en el fondo, es necesario
que la parte exterior sea galana;
como tampoco basta dar buen vino
en repugnante jarro; fuerza es darlo
en copa esbelta del cristal mas fino.

Vida y muerte de tal suerte
se han llegado á confundir,
que no se si vida es muerte
ó si morir es vivir.

Saber! ¿en qué consiste? Afán ardiente
nos impulsa á saber; ¡qué desvarío!
Y saber, en verdad, no es otra cosa
que internarnos con pena en el vacío.

Me admira que se presente
como cosa definida,
tan sencillo y tan sonriente
el misterio de la vida.

NOMEN.

MISCELÁNEA

La principal recreación de Federico II el Grande, de Prusia, dice Harris, consistía en tocar la flauta; y temía tanto hacerlo mal, que cuando tenía que estudiar algo nuevo se encerraba en su gabinete por espacio de largas horas; pero á pesar de esta precaución temblaba siempre que había de empezar á tocar con los acompañamientos.

Poseía este rey una notable colección de flautas, á la exclusiva conservación de las cuales tenía asalariado un hombre. Todas eran de un mismo fabricante y las pagaba hasta cien ducados. Durante la guerra, cuando pagaba á todos en moneda falsa, cuidaba de que su constructor de flautas la recibiese de ley, temeroso de que este, en revancha, no intentase engañarle respecto la calidad de sus instrumentos.

Tiene por órgano especial el gusto toda la membrana que reviste la superficie de la cavidad de la boca. Los sabores son el excitante propio del gusto.

El olfato es para este sentido un auxiliar poderoso, y tanto es así, que cuando el uno se paraliza ó se embota, no funciona bien el otro.

Las sustancias insípidas, no fatigando al estómago, convienen á los niños particularmente, pues es un mal gravísimo la costumbre que tienen algunas personas de darles toda clase de manjares fuertemente condimentados, sobre todo los vinos y licores. Por lo demás, los alimentos agradables al paladar, llevan en sí una de las condiciones mejores para ser bien digeridos.

Para conservar el sentido del gusto y no depravarlo, debe tenerse un especial cuidado en la limpieza de la boca, no comer alimentos muy frios ó muy calientes, privarse de los ácidos concentrados, de los alimentos fuertemente condimentados, de las bebidas alcohólicas en exceso, de fumar mucho, y de todo cuanto pueda dañar la membrana que hemos dicho ser el órgano especial de este sentido.